

Historicidad de los saberes,
estudios culturales y
transdisciplinariedad:
reflexiones desde
América Latina

Santiago Castro-Gómez¹

¹ Instituto de Estudios Sociales y Culturales, Pensar, Pontificia Universidad Javeriana.

Aunque es cierto que el proceso de configuración de las disciplinas del conocimiento científico moderno no puede ser reducido a factores puramente extrínsecos (de orden económico, social o político), las consideraciones presentadas a continuación hacen énfasis en el aspecto histórico por tres razones fundamentales: a) porque la epistemología contemporánea (desde Bachelard hasta Prigogine, pasando por Kuhn, Lakatos y Feyerabend) ha ligado intrínsecamente la concepción de ciencia a una reflexión sobre la *historia de la ciencia*; b) porque resulta difícil apreciar en qué consiste la novedad de los estudios culturales —y los temas que plantea— sin colocar su práctica teórica en relación con el modo en que se constituyeron *históricamente* las disciplinas de las ciencias sociales a partir del siglo XIX; c) porque es necesario reflexionar de modo particular el tema de la transdisciplinariedad en el contexto específico de América Latina.

Mi exposición estará entonces ordenada del siguiente modo: primero haré algunas consideraciones de carácter epistemológico y metodológico sobre el modo en que las diferentes disciplinas de las ciencias sociales empiezan a quedar institucionalizadas como tales, desde finales del siglo XIX. Luego mostraré en qué consiste el desafío de campos emergentes como los estudios culturales y como realizaron este proceso moderno de disciplinarización hacia finales del siglo XX. Finalizaré con una reflexión sobre la configuración de los estudios culturales en América

Latina y sus implicaciones para una reestructuración (transdisciplinaria) de las ciencias sociales en el subcontinente.

1. Modernidad y disciplinarización de los saberes

La idea misma de ‘disciplina’ científica es un producto histórico de la modernidad. Nace con el desarrollo de la revolución científica del siglo XVII y presupone la crisis del concepto de ‘unidad del saber’, que había presidido el quehacer científico en Occidente desde la antigüedad griega. Todavía en el siglo XVIII, algunos filósofos ilustrados se aferraban a la idea de la *Mathesis Universalis*; es decir, a la posibilidad de construir un sistema conceptual que pudiese abarcar (y alimentar) a todas las ‘ciencias particulares’.

En su etapa de formación temprana (siglos XVIII y XIX), las ciencias sociales arrastraban todavía el ideal ilustrado de la *Mathesis Universalis*. David Hume se propuso inaugurar una ‘Ciencia del hombre’ que pudiese servir de fundamento a todas las demás ciencias, incluso a las naturales. Adam Smith quiso convertir el mecanicismo de Newton en una ‘ciencia de la moral’ que pudiese servir de base para las nascentes ciencias económicas y jurídicas, proyecto que compartirían luego sus compatriotas Bentham y Stuart Mill. Thomas Hobbes fundamenta la ciencia política en la antropología filosófica. Hegel sueña con una ‘Enciclopedia de las ciencias filosóficas.’ Marx y Engels trabajaban en la creación de una nueva ciencia de la ‘totalidad social’ (el materialismo histórico). Ranke luchaba por convertir a la Historia en una ‘ciencia objetiva’ y Comte pretendía construir un “sistema de las ciencias” en cuya cima se ubicaría, gloriosa, la sociología. La identificación de la sociología con la ‘estática social’ (Comte) y con la ‘física social’ (Durkheim), nos muestra con claridad cuál era la tendencia en esta primera etapa formativa: las ciencias sociales buscaron orientarse hacia un modelo unitario de ciencia ofrecido por la física. La tarea de las ciencias sociales sería entonces similar a la de las ciencias naturales (puesto que la sociedad era vista como una prolongación de la naturaleza): el descubrimiento experimental y la formulación teórica de las “leyes objetivas” que gobiernan la vida social de los hombres.

La definición de los rasgos que separan a una ciencia social de otra no era, por tanto, un problema de orden *exclusivamente* metodológico —pues todas compartían básicamente los mismos presupuestos epistémicos—, sino de orden *político*. De un lado, la disciplinarización se hacía necesaria en la medida en que las jóvenes ciencias empiezan a institucionalizarse y, por lo tanto, a competir entre ellas por recursos académicos y financieros. Se crean las primeras cátedras en las universidades, se fundan revistas e institutos de investigación, se organizan asociaciones profesionales y bibliotecas especializadas, todo lo cual exigía un esfuerzo enorme

de clasificación y diferenciación. De otro lado, el establecimiento definitivo de la economía liberal-capitalista en Europa y el fortalecimiento de los Estados nacionales —con el consecuente ambiente de fe en la razón y el progreso— hacía necesario (y profesionalmente rentable) el proceso de disciplinarización. El Estado debería asumir un papel fundamental en la conducción de las sociedades humanas hacia la 'civilización'. Para ello requería de una gran cantidad de información, científicamente avalada, sobre el mundo social que se quería gobernar. Se hacía preciso el concurso de las ciencias sociales para la elaboración de políticas económicas y educativas, para delinear el carácter y los valores peculiares de la población, para definir metas de gobierno a corto y largo plazo.

La idea de la 'unidad metodológica' de las ciencias es cuestionada seriamente apenas en el siglo XX con el famoso *Methodenstreit* de los años veinte y treinta en Alemania. Aquí se puso sobre el tapete, por vez primera, la necesidad de deslindar metodológicamente a las ciencias naturales de las ahora llamadas 'ciencias del espíritu' (Dilthey) o 'ciencias de la cultura' (Weber /Scheler/Cassirer). El resultado de esta polémica, como bien lo han mostrado Giddens, Wallerstein y Bourdieu, fue la división de las ciencias sociales en dos grandes tendencias metodológicas mutuamente excluyentes, el objetivismo y el subjetivismo, que marcarían el desarrollo de estas ciencias durante el siglo XX. Una tendencia (de carácter 'nomotético') hacía énfasis en el conocimiento de las estructuras objetivas del mundo social, mientras que la otra (de carácter 'ideográfico') enfatizaba el modo en que los actores sociales *experimentan* históricamente esas estructuras. A la primera tendencia pertenecen el estructuralismo, la teoría de sistemas y el marxismo ortodoxo; a la segunda pertenecen la fenomenología, la etnometodología y la teoría crítica.

Hasta mediados del siglo XX, la gran división metodológica de las ciencias sociales no había contribuido mucho a relajar las fronteras entre las disciplinas, sino tan solo a crear escuelas de pensamiento al interior de ellas. Pero las cosas empiezan a cambiar después de la Segunda Guerra Mundial. Una vez más, no son problemas de orden estrictamente metodológico y epistemológico, sino imperativos de orden político los que empiezan a resquebrajar el ordenamiento disciplinario de las ciencias sociales. El informe de la comisión Gulbenkian señala que el ascenso de los Estados Unidos como potencia hegemónica mundial, la rápida expansión de la educación universitaria y el clima de tensión política como resultado de la Guerra Fría, transformaron el quehacer de las ciencias sociales. Las grandes inversiones en tecnología y el crecimiento económico de los países industrializados demandaba una mayor especialización y profesionalización de los investigadores. En la década del cincuenta fueron privilegiadas las investigaciones en torno a la 'modernización' y el 'desarrollo', sobre todo en los países del Tercer Mundo, tratando con ello de evitar la expansión del comunismo. Todo esto trajo consigo, como era

de esperarse, el dominio institucional de las tendencias nomotéticas sobre las ideográficas (frente al cual reaccionaría la Escuela de Frakcfort en los sesenta), pero *también* el comienzo de una fuerte tendencia hacia la interdisciplinariedad.

En efecto, es en esta época de creciente profesionalización y complejización de la vida social (años cincuenta y sesenta) cuando los investigadores empiezan a sentir la necesidad de transpasar los límites de su propia disciplina para incursionar en los de las disciplinas vecinas. Los economistas empiezan a interesarse por la sociología y los sociólogos por la economía; los historiadores van asimilando tendencias cada vez más 'sociológicas' (escuela de los Annales) y los sociólogos, a su vez, reflexionan sobre la historicidad de las estructuras sociales. También los historiadores y los sociólogos empiezan a interesarse por las estructuras del mundo no occidental, cuyo estudio había sido exclusividad de la antropología. Las ciencias políticas necesitan ahora información sociológica, histórica y antropológica sobre el llamado "Tercer Mundo" para reflexionar sobre el problema de las 'relaciones internacionales', que hasta ahora había sido limitado a las relaciones entre países europeos. Durante la misma época aparecen incluso nuevos campos de investigación que se definen a sí mismos como interdisciplinarios, tales como las "ciencias de la comunicación", las '*behavioral sciences*' y los así llamados 'estudios de área' (*Area Studies*).

Surgen los primeros debates sobre el tema de la interdisciplinariedad, marcados por el clima de ideologización típico de la Guerra Fría. Baste aquí recordar las posiciones antitéticas de Jean Piaget y Louis Althusser al respecto. Aunque ambos eran defensores de la 'unidad metodológica' de las ciencias —es decir, pertenecían a la tendencia objetivista o nomotética—, su posición frente al tema era radicalmente distinta. Sobre el supuesto epistemológico del 'isomorfismo' entre las estructuras subyacentes a todos los objetos, Piaget defiende la investigación interdisciplinaria como medio de apoyo científico a la creciente tecnologización de las universidades, que él veía como altamente positiva; Althusser, por su parte, muy cercano a la epistemología de Bachelard (la ciencia 'crea' teóricamente a sus objetos), niega vehementemente la científicidad de la investigación interdisciplinaria, a la que consideraba una simple "ideología disfrazada de ciencia". La sospecha de Althusser era que bajo la máscara de lo interdisciplinario se estaban legitimando una serie de políticas elaboradas por tecnócratas y economistas del Estado, que buscaban evitar a toda costa la (temida) 'politización' del estudiantado. Como puede verse, los primeros debates sobre la interdisciplinariedad poseen una motivación más política que metodológica.

Durante las décadas de los ochenta y noventa surgieron y se desarrollaron varias tendencias decididamente transdisciplinarias al interior de las ciencias sociales. Las tensiones políticas de la Guerra Fría habían terminado y la vertiente nomotética había empezado a perder coyuntura al interior de las universidades. Aparecen en-

tonces investigaciones de orientación más 'ideográfica' que enfatizaban la necesidad de superar las fronteras disciplinarias. Es el caso de los estudios de género, los estudios culturales y los estudios poscoloniales. Esta autodenominación de 'estudios' designa ya el carácter *transdisciplinario* de la investigación propuesta, y su rechazo del objetivismo metodológico (asociado a las estructuras disciplinarias) que impedía el surgimiento de 'voces particulares'. Como se verá más adelante, el peligro que acecha a los estudios transdisciplinarios, desde un punto de vista epistemológico, es la recaída en el subjetivismo metodológico. Este peligro se hacía más evidente en un momento histórico (finales del siglo XX) en el que los 'metarrelatos' de la modernidad habían caído en descrédito (Lyotard), y en el que tendencias "objetivistas" como el estructuralismo y el funcionalismo habían dejado de ser hegemónicas en un sector importante de la comunidad científica.

En suma, digamos que para la consideración rigurosa de los conceptos 'disciplina', 'interdisciplina' y 'transdisciplina' en el ámbito de las ciencias sociales, es necesario tener en cuenta que la delimitación de tales conceptos no obedece solamente a criterios intracientíficos —aunque, insistimos, una reflexión fundamental sobre este aspecto se hace necesaria y pertinente—, sino también, y en buena parte, a criterios extracientíficos de orden político, económico y burocrático. Esto se debe, seguramente, al carácter peculiar de las ciencias sociales. A diferencia de lo que ocurre en las ciencias naturales, el científico social se encuentra directamente involucrado con el objeto que estudia y, a su vez, ese objeto es producto de una *valoración política e institucional* con respecto a la pertinencia, o no, de su estudio (recuérdese aquí la pregunta de Max Weber sobre el 'valor' de la ciencia).

Habría que decir, entonces, que teniendo en cuenta únicamente el aspecto (derivativo) de las epistemologías sectoriales, los 'objetos' estudiados por las diferentes ciencias sociales son *construcciones históricas* en un doble sentido:

- 1) su 'aparición' en el horizonte de la ciencia depende, como mostraran Weber y Foucault, de la *significación* (el 'valor') que ese objeto pueda adquirir (en tanto que objeto 'digno' de ser conocido) en un momento histórico específico. Aquí se inscriben las *influencias políticas, económicas y burocráticas* sobre las que hemos reflexionado anteriormente.
- 2) su elaboración en tanto que 'objeto' de conocimiento es resultado de un arduo trabajo teórico y conceptual (Bachelard), por parte de la comunidad científica histórica (Popper). Por esta razón, ese objeto puede cambiar con el tiempo —e incluso desaparecer— en la medida en que unos "paradigmas" de la ciencia se impongan sobre otros (Kuhn). Aquí se inscriben los *debates metodológicos* a los que hemos hecho también alusión.

Si los objetos del conocimiento son creaciones históricas en este doble sentido, la reflexión sobre la aparición de un “área de conocimiento” que tome como objeto de estudio a la “cultura” deberá responder entonces a dos preguntas fundamentales: 1) ¿En qué consiste la “significación” —en sentido weberiano— que han recibido en las últimas décadas los estudios sobre la cultura?; 2) ¿Cómo han cambiado los objetos de estudio de las ciencias sociales y en qué consiste el valor explicativo de los “nuevos” objetos creados por ellas en las últimas décadas del siglo XX?

2. Los estudios culturales como espacio de articulación

¿Cuáles son las transformaciones históricas de las ciencias sociales que han conducido a la aparición de la ‘cultura’ como objeto *digno* de convertirse en una “área del conocimiento” científico? ¿Qué tipo de cambios sociales —en el planetario— ha influenciado el hecho de que un objeto de conocimiento llamado la “cultura”, adquiera *hoy* un nuevo valor o “significación” al interior de la comunidad científica internacional?

Digamos primero que las *estructuras de producción y reproducción* que caracterizan a la sociedad global en la que vivimos se alejan radicalmente de aquellas que habían teorizado científicos sociales como Smith, Ricardo, Marx, Keynes y Prebisch. El capitalismo industrial o fordista del siglo XIX y primera mitad del XX ha sido reemplazado por un capitalismo postindustrial, en el que las categorías de análisis provenientes de la economía clásica han perdido su poder explicativo. Esto se debe básicamente a dos factores:

1) Los estados nacionales han dejado de ser los espacios de concentración de la hegemonía política y cultural. No son ahora los estados territoriales quienes jalonan la producción, sino corporaciones transnacionales que se pasean por el globo sin estar atadas a ningún territorio, cultura o nación en particular. El capital ha venido perdiendo sus connotaciones nacionales (capital inglés, japonés, alemán, norteamericano) para subordinarse cada vez más a formas propiamente ‘globales’ de intercambio. El aparato estatal se ha reconfigurado de acuerdo con la exigencia mundial de los mercados, y siguiendo los lineamientos trazados por corporaciones supranacionales (como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Asociación Mundial del Comercio). Lo que a comienzos del siglo XXI se impone como fuerza configuradora de lo social, es un conjunto de relaciones *posnacionales* y *postradicionales* que han sido potenciadas por las nuevas tecnologías de la información. La teoría social contemporánea habla, en este sentido, de la “globalización” (Beck/Castells) y del advenimiento de una “sociedad global” (Luhmann).

2) La *industria cultural*, como ya lo mostraran Horkheimer y Adorno, se ha convertido en una de las principales —si no la más importante— “fuerza de producción” del capitalismo contemporáneo. Esto significa que lo que se produce y mercantiliza hoy en día no es tanto naturaleza convertida en “valor de cambio”, como pensara Marx, sino información y entretenimiento. La producción adquiere un valor que va más allá de la dicotomía valor de uso/valor de cambio, pues de lo que se trata ahora no es de fabricar mercancías para satisfacer “necesidades primarias”, sino de producir *imágenes* que permitan a los individuos distinguirse socialmente (Bourdieu/Baudrillard). Hemos pasado pues de la producción de artículos empaquetados al empaquetamiento de informaciones articuladas como mercancía. La producción y reproducción del capital dependen ahora del control que ejercen las corporaciones sobre las imágenes y las representaciones.

Esto significa que la ‘cultura’ ha dejado de ser exclusivamente un conjunto de valores, costumbres y normas de convivencia ligadas a una tradición particular, a una lengua y a un territorio. En tiempos del capitalismo avanzado la cultura se ha destradicionalizado (Giddens) y desterritorializado (García Canclini), es decir, se ha convertido en un repertorio de signos y símbolos *producidos técnicamente* de acuerdo con intereses particulares y difundidos por el planeta por los medios de información. Este universo simbólico, así desligado de la tradición, empieza a definir el modo en que millones de personas en todo el globo sienten, piensan, desean e imaginan. Querámoslo o no, la globalización nos ha conectado vitalmente con *territorios postradicionales* (Giddens/Jameson) en donde las identidades personales o colectivas no se encuentran referidas a pertenencias de lengua, sangre o nación, pues ya no se estructuran desde la inmanencia de las tradiciones, sino desde la interacción de la cultura con la dinámica transnacional de los mercados. Con una palabra: desde mediados del siglo XX estamos asistiendo a un *cambio cualitativo* en el ‘estatuto’ de la cultura.

¿Qué implicaciones tiene todo lo anterior para una re-definición de la “cultura” como objeto de conocimiento científico?

1) Que la cultura deja de ser ‘propiedad’ de la Antropología. Dentro de la división del trabajo disciplinario en ciencias sociales, establecida desde el siglo XIX: la sociología era la encargada de estudiar a las sociedades ‘modernas’; mientras que la antropología realizaba el estudio de las sociedades ‘tradicionales’. El objeto de la primera era la ‘civilización’, mientras que el de la segunda era la ‘cultura’. Pero la globalización parece haber terminado definitivamente con estas divisiones. Aquellas poblaciones sin contacto alguno con la modernidad —y

cuya observación por parte de los europeos originó desde el siglo XVIII el concepto 'tradicional' de cultura— han desaparecido prácticamente de la faz de la tierra. Mantener una definición de la antropología como disciplina que trata de valores, tradiciones y costumbres *premodernas* significaría convertir la materia en una variante de los estudios museísticos, y al antropólogo en una especie de guardián del "patrimonio histórico" de la humanidad. Si quiere sobrevivir y redefinirse como disciplina científica, la antropología tendrá que incursionar (metodológica y temáticamente) en áreas que antes no eran de su competencia.

- 2) Que la cultura deja de ser vista como un 'reflejo' de las estructuras materiales de la sociedad, tal como lo planteaban tradicionalmente la sociología y la economía. Tanto los sociólogos de orientación liberal, como aquellos de orientación marxista, miraron siempre la cultura como un *epifenómeno* de la vida económica de la sociedad. Pero en el momento en que la reproducción del capital adquiere rasgos decididamente 'culturales' —como hemos visto anteriormente—, se le impone a la sociología y a la economía entrar en dominios que antes se consideraban exclusivos de otras disciplinas.
- 3) Que la cultura deja de ser propiedad de los estudios humanísticos (filosofía, literatura, artes). Desde el renacimiento y trazando sus orígenes en la tradición griega de la *Paideia*, las humanidades se concentraron en el estudio y la interpretación rigurosa de *textos* que pudieran educar (*Bildung*) o 'cultivar' el espíritu del hombre. Pero en el momento en que la producción cultural se masifica por el impacto de la globalización, entonces se hace necesario investigar no solamente los contenidos de la llamada cultura 'alta' (las 'grandes obras' de la literatura, de la filosofía o de las artes plásticas, donde supuestamente se hallaría contenida la 'cultura' y el pensamiento del hombre en sentido estricto), sino muy especialmente la cultura llamada 'popular'. Esta última, a su vez, deja de ser patrimonio exclusivo de los folcloristas o de los antropólogos urbanos. Las humanidades se ven compelidas de este modo a entrar en diálogo con otros campos de estudio, si es que desean evitar el riesgo de convertirse en defensoras y promotoras de una *cultura de élites* (que, entre otras cosas, también ha dejado de serlo).

Es en este punto que los estudios culturales aparecen como *espacio de articulación entre las disciplinas*. Como se dijo más arriba, los estudios culturales aparecen y se difunden durante los años ochenta y noventa en diferentes áreas del mundo: Inglaterra, Estados Unidos, América Latina y Australia. No se trata de una nueva disciplina, que viene a reemplazar lo que hacían antes las disciplinas tradicionales de las ciencias sociales, sino de un *área común de conocimiento* que contribuye a redefinir los límites

de esas disciplinas. La novedad de este campo emergente puede apreciarse tanto en lo metodológico y epistemológico, como en los contenidos temáticos:

- 1) *En el ámbito metodológico* —y a pesar del auge que han tenido ciertas tendencias culturalistas, populistas o posmodernistas en los últimos años—, los estudios culturales han contribuido a superar la dicotomía entre el objetivismo y el subjetivismo, es decir, entre las tendencias nomotéticas y las ideográficas de las ciencias sociales. La cultura se ha convertido en la pinza que vincula las estructuras sociales con los sujetos que la producen y reproducen. Plantear la relación dialéctica entre sujeto y estructura es, pues, el principal aporte metodológico de los estudios culturales.
- 2) *En el ámbito epistemológico*, los estudios culturales se inscriben en lo que Boaventura de Sousa Santos ha llamado la ‘doble ruptura epistemológica’ de las ciencias sociales. Si la ‘primera ruptura’ (siglos XIX y XX) se realizó —como ya se mostró— frente al sentido común y adoptando el modelo propagado por las ciencias naturales (alejamiento de las ‘nociones precientíficas’ y creación de una distancia con respecto al ‘objeto’)¹, la ‘segunda ruptura’ —que se realiza actualmente— apunta hacia una eliminación de la distancia frente al sentido común, lo cual significa que las ciencias sociales contemporáneas se enfrentan al desafío de *acercarse* hacia otras formas de producción de conocimientos. Pero ese acercamiento no es para convertirlas en ‘objeto de estudio’, es decir para ‘representarlas’, sino para *comunicarse* con ellas. Los estudios culturales son un punto de avanzada de las ciencias sociales hacia el reconocimiento de otras formas (locales) de conocimiento y para la promoción de un nuevo sentido común (una *nueva racionalidad práctica*) en el que participen todas las comunidades interpretativas.
- 3) *En el ámbito de contenidos temáticos*, la cultura que los estudios culturales ‘crea’ como objeto de conocimiento (Bachelard), no es la misma que habían creado anteriormente la antropología, la sociología, la economía ni las humanidades. Es decir que no es el conjunto ‘orgánico’ de valores, lenguajes, mitos y creencias tradicionales (concepto ‘antropológico’ de cultura), ni tampoco el efecto ideológico de los procesos que ocurren en la base material de la sociedad (concepto ‘economicista’ de cultura), y mucho menos la objetivación del espíritu de los grandes creadores y pensadores (concepto ‘humanista’ de cultura). La cultura que ‘estudian’ los estudios culturales tiene menos que ver con los artefactos culturales en sí mismos (textos, obras de arte, mitos, valores, costumbres, etc.) como con los procesos sociales de producción, distribución y recepción de esos artefactos. Es decir, los estudios culturales toman como objeto de análisis los *dispositivos* a partir de los cuales se producen, distribuyen y consumen toda una

serie de imaginarios que motivan la acción (política, económica, científica, social) del hombre en tiempos de globalización. De igual manera, los estudios culturales privilegian el modo en que los actores sociales mismos se *apropian* de estos imaginarios y los integran a formas locales de conocimiento.

El informe de la Comisión Gulbenkian ha destacado el papel que los estudios culturales están cumpliendo en la actual reestructuración de las ciencias sociales. De acuerdo con el informe, los estudios culturales han impulsado un “giro hermenéutico” que afecta positivamente a las disciplinas tradicionales y a los espacios institucionales en donde éstas funcionan. Este giro consiste en el enfoque inductivo y posteurocéntrico de sus análisis. Hasta los años sesenta y setenta, las disciplinas tradicionales —con excepción de la antropología— habían creado sus modelos analíticos sobre la base del estudio empírico de las sociedades modernas europeas. Se suponía que estos modelos eran universalmente válidos y que el análisis empírico de *cualquier* sociedad debía ser ‘deducido’ de ellos. Pero los estudios culturales le han enseñado a las disciplinas que la construcción de los conceptos es *inductiva* y empieza con el análisis de lo ‘local’. De la antropología han tomado su mejor herencia, la mística del trabajo de campo, para mostrar que los modelos teóricos se construyen a partir de la inmersión del investigador en las prácticas de los actores concretos.² Mientras que los paradigmas decimonónicos de las ciencias sociales establecían una contraposición entre lo próximo y lo objetivo (a mayor distancia frente al objeto mayor objetividad), los estudios culturales invierten la relación y privilegian el aspecto ético-práctico del conocimiento sobre su aspecto puramente cognitivo. Entre más próxima e igualitaria sea la interacción del investigador con los saberes producidos localmente por los actores sociales mismos, más pertinente, desde un punto de vista práctico, es el conocimiento resultante.

Debería quedar claro que los estudios culturales no son una nueva disciplina, sino un área común de conocimiento que, sin embargo, no constituye un simple *agregado* de contenidos y metodologías ya planteados por las disciplinas tradicionales. Por el contrario, los estudios culturales han venido generando un positivo “efecto de retorno” sobre el trabajo de estas disciplinas, tanto desde el punto de vista metodológico como temático. Al ser una práctica teórica alternativa al modelo cognitivista de las ciencias sociales desarrollado durante los siglos XIX y XX, los estudios culturales subordinan el *know-how* técnico al *know-how* práctico y ético del conocimiento. Por ello han contribuido, como indica el informe de la Comisión Gulbenkian, a crear puentes entre las diferentes disciplinas de las ciencias sociales; y, entre éstas, y los saberes locales:

El ascenso de los estudios culturales tuvo un impacto en las ciencias sociales que en cierto modo es análogo a algunos nuevos acontecimientos en la ciencia. Así como los

nuevos argumentos de los científicos naturales minaron la división organizacional entre los supercampos de las ciencias naturales y de las ciencias sociales, del mismo modo los argumentos de los defensores de los estudios culturales minaron la división organizacional entre los supercampos de las ciencias sociales y las humanidades. [Los estudios culturales] han desafiado todos los paradigmas teóricos existentes, incluso los que tenían una posición crítica frente a la ciencia social nomotética. El apoyo a esas posiciones procedía de todas las diversas disciplinas de las humanidades y de las ciencias sociales, y eso produjo formas de cooperación intelectual que han ignorado la división tradicional entre las humanidades y las ciencias sociales (*Wallerstein 74*).

3. Posmodernidad y estudios culturales en América Latina

Dejemos de lado la reflexión metodológica para examinar ahora el impacto concreto que los estudios culturales tuvieron en el quehacer de las ciencias sociales. Para abordar este problema nos concentremos en el caso de las ciencias sociales latinoamericanas de finales del siglo XX, mostrando cómo los estudios culturales dinamizaron un interesante proceso de transdisciplinarización. Para obtener una visión panorámica del problema, nos concentraremos en dos volúmenes misceláneos publicados en los años noventa: *Posmodernidad en la periferia* (1994) y *The Postmodernism Debate in Latin America* (1995). Los títulos mismos dejan entrever ya la gran influencia que tuvo el debate sobre la posmodernidad en la configuración latinoamericana de los estudios culturales.

El volumen *Posmodernidad en la periferia. Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural* fue publicado en el año de 1994 por la editorial Langer Verlag de Berlín. Este libro posee una característica especial: se encuentra dirigido a un público alemán especializado, que se interesa por los debates teóricos de América Latina, pero no es editado en alemán sino en español y portugués. Sus editores, Hermann Herlinghaus y Monika Walter, dos latinoamericanistas alemanes que viven en Berlín, se proponen dar a conocer “en el centro” la teorización latinoamericana sobre la modernidad, es decir, en un medio académico tradicionalmente ciego frente a cualquier tipo de producción teórica que vaya más allá de las fronteras europeas.³ Para ello reúnen trabajos de José Joaquín Brunner, Jesús Martín-Barbero, Néstor García Canclini, Carlos Monsiváis, Marilena Chauí, Renato Ortiz, Norbert Lechner, Nelly Richard, Beatriz Sarlo y Hugo Achúgar. La limitada circulación del libro, lo mismo que la estrategia elegida por los editores (publicar textos en idiomas extranjeros y en una editorial pequeña, con una débil red de distribución en el mercado alemán) hizo que la difusión pretendida fuera casi nula. Una verdadera lástima, pues tanto por la profundidad analítica con que los editores introducen el tema, como por su inteligencia en la selección de autores y trabajos, este libro fue, sin lugar a du-

das, la primera y más importante antología de los estudios culturales latinoamericanos publicada en los años noventa.

El eje alrededor del cual se estructura el volumen es el concepto de “modernidad periférica”, que los editores presentan como una inserción propiamente latinoamericana en el debate sobre la posmodernidad (Herlinghaus 15). No que los estudios culturales latinoamericanos tuviesen interés en un “debate” con las teorías posmodernas surgidas en Europa y los Estados Unidos. Lo que ocurre es que la “sensibilidad posmoderna” ha jugado como un catalizador para la emergencia de teorías que, desde Latinoamérica, piensan la crisis de la modernidad desde una posición propia. Ahora bien, lo “propio” de esta posición no es ya la exaltación surrealista de una identidad latinoamericana *sui generis* (“Macondoamérica”, como la llama perspicazmente José Joaquín Brunner (67)) que pudiera interpelar a la modernidad desde una exterioridad social, cultural o incluso ética, como quisieron la filosofía y la teología de la liberación en los setentas. Antes que con lo exótico, lo *sui generis* tiene que ver aquí con una crisis que no se sitúa —como en Europa— en un contexto social previamente racionalizado, sino en un escenario complejo (“Tamaramérica”, en la terminología de Brunner) donde se cruzan simbióticamente lo moderno y lo tradicional, lo masivo y lo popular. Los editores afirman que el pensamiento crítico latinoamericano parece haberse apropiado de una situación en la que, como afirmaba García Canclini, “la modernidad no acaba de llegar y las tradiciones no terminan de marcharse.” Lo cual conlleva una superación de las viejas dicotomías entre civilización y barbarie, modernización y modernismo, dependencia y autodeterminación, de las que la intelectualidad —de izquierdas y derechas— extraía matrices explicativas en torno al problema de la ‘identidad latinoamericana’.

La noción de ‘Modernidad periférica’ con que Walter y Herlinghaus presentan su libro tiene dos connotaciones: una social y la otra epistemológica. Desde el punto de vista social hace referencia a la heterogeneidad cultural que atraviesa todas las estructuras sociales en América Latina, en especial a partir de la irrupción de los medios masivos en los años cincuenta. Desde el punto de vista epistemológico, hace referencia a la reestructuración de las ciencias sociales y las humanidades en América Latina, obligadas a asumir un enfoque analítico de carácter nómada y transdisciplinario. Veamos estos dos elementos más de cerca.

La participación de las masas latinoamericanas en el mercado internacional de bienes simbólicos —el ‘consumo cultural’— es uno de los temas centrales abordados en el libro. Pero el enfoque que dan Brunner, Martín Barbero y Renato Ortiz a este fenómeno se aparta decisivamente tanto de la “teoría de la manipulación” (los medios como instrumentos de penetración imperialista) como de la ‘teoría de la cosificación’ al estilo de Adorno y Baudrillard. En diálogo con Benjamin y Michel de Certeau, estos teóricos muestran que la gran mayoría de la población latinoameri-

cana accede a la modernidad no de la mano del libro y las agendas ilustradas, sino de las tecnologías de la información y de los formatos de la imagen audiovisual (83). A diferencia de Europa, la consolidación de las naciones en América Latina no *precede* al cine, la radio y la televisión, sino que viene impulsada por ellos.

Por su parte, Norbert Lechner, Carlos Monsiváis y Marilena Chaui abordan el problema de la heterogeneidad cultural teniendo en cuenta los efectos “impensados” de la modernización socioeconómica. Antes que propiciar un “ordenamiento” temporal en donde la sociedad tradicional desaparecería para abrir campo a la sociedad moderna, los programas de modernización de la posguerra generaron unas estructuras urbanas en las que se articulan de forma heterogénea la virgen de Guadalupe con la telenovela, la democracia con el autoritarismo y las músicas populares con el rock (134). Estas “consecuencias perversas” de la modernización pueden rastrearse ya desde comienzos del siglo XIX, lo cual lleva a Brunner a identificar la modernidad latinoamericana como una “posmodernidad *avant la lettre*”, haciendo referencia con ello a la condición asimétrica entre esquemas hegemónicos provenientes de afuera y prácticas internas de configuración social. Tal como lo muestra Lechner, El ‘desencanto’ latinoamericano frente a las promesas fáusticas de la modernidad no ha venido marcado por el hartazgo de civilización, sino por el fracaso de todos los esquemas políticos de corte iluminista (198).

En este sentido, la pensadora chilena Nelly Richard afirma que la posmodernidad en Latinoamérica no es aquello que viene ‘después’ de la modernidad, sino que es el resultado del amalgamiento de signos por injertos y transplantes histórico-culturales de códigos disjuntos (217). Esto conlleva el desafío de ‘desesencializar’ las representaciones de Latinoamérica con que trabajan aún cientistas sociales y filósofos a uno y otro lado del Atlántico, mostrando —como lo afirma Hugo Achúgar— que las identidades (personales y colectivas) en América Latina se encuentran atravesadas por contradicciones de género, raza y orientación sexual, *además* de los ya tradicionales conflictos de nación y clase (235).

Decíamos que el concepto de ‘Modernidad periférica’ introducido por Walter y Herlinghaus posee también una connotación epistemológica. Esto hace referencia al modo en que los estudios culturales promueven una transgresión de las fronteras marcadas durante el proceso de disciplinarización e institucionalización de las ciencias sociales y las humanidades en el subcontinente. Los paradigmas estrictamente disciplinarios, provenientes sobre todo desde la sociología y la antropología, se quedan cortos a la hora de abordar la dialéctica entre cultura y modernidad. Néstor García Canclini enseña que pensar *a un mismo tiempo* la cultura y la modernización en Latinoamérica exige antropologizar la sociología y sociologizar la antropología, es decir, teorizar desde un espacio epistemológico intermedio, propio de lo que el pensador argentino identifica como ‘ciencias nó-

madas' (111). Quizás el ejemplo más claro de este nomadismo lo hayan dado los estudios literarios. Tradicionalmente relegados al estudio de 'textos' pertenecientes al ámbito humanista de la cultura alta, los estudios literarios han empezado a realizar un giro epistemológico hacia el terreno más 'duro' de la teoría social.

Trabajos pioneros como los de Ángel Rama, Francois Perus, Ángel Lozada, Noe Jitrik, Antonio Cornejo Polar y Julio Ramos muestran una fuerte vocación 'sociológica' y 'culturalista' de los análisis literarios.

En 1995 aparece la colección *The Postmodernism Debate in Latin America* publicada por Duke University Press y editada por John Beverley, José Oviedo y Michael Aronna. La combinación de editores y editorial revela ya que la colección es auspiciada por dos instituciones que, desde los Estados Unidos, se han ocupado de los estudios culturales en América Latina: *University of Pittsburgh* y *Duke University*. Es allí donde, desde sus programas en los departamentos de lenguas y estudios latinoamericanos, se ha impulsado con más fuerza la difusión de las nuevas teorías de la cultura en la comunidad de latinoamericanistas estadounidenses.

Al igual que en *Posmodernidad en la periferia*, el propósito de la colección es dar a conocer a un público 'metropolitano' el estado actual del debate sobre la posmodernidad en Latinoamérica. Aunque varios de los autores —en incluso de los artículos— escogidos son los mismos (Brunner, García Canclini, Lechner, Richard, Sarlo), la diferencia entre los dos libros viene marcada por el *locus de lectura* de este debate: Europa, por un lado, y Estados Unidos por el otro. Mientras que *Posmodernidad en la periferia* pretende abrir espacios de discusión en un medio académico de signo conservador que, como el alemán, arrastra todavía la pesada carga del eurocentrismo, *The Postmodernism Debate in Latin America* busca intervenir en un debate político al interior de la academia y de la sociedad norteamericana. Sus autores saben muy bien que, a diferencia de lo que ocurre en Europa, en los Estados Unidos las teorías sobre Latinoamérica no hacen referencia a un "otro" que permanece distante en el espacio y el tiempo. Beverley y Oviedo recalcan el hecho de que existen más de 25 millones de latinoamericanos viviendo en los Estados Unidos y el español se ha convertido en la segunda lengua más hablada del país (14). Para mediados del siglo XXI los Estados Unidos serán, después de México y Argentina, el tercer país más grande de lengua hispana en el mundo y la comunidad latina, se habrá convertido en la minoría étnica más grande y más poderosa de los Estados Unidos, por encima de la comunidad negra. Así las cosas, hablar en los Estados Unidos del debate latinoamericano sobre la posmodernidad es algo más que un intento por abrir espacios posteurocéntricos de discusión en la academia; se convierte, ante todo, en la posibilidad de articular una crítica cultural de la misma sociedad norteamericana.

El 'giro posmoderno' se hace entonces evidente en el hecho de que Latinoamérica deja de ser el lugar donde se exportan materias primas hacia el centro y se 'consu-

men' teorías provenientes de Europa y los Estados Unidos. El fenómeno de las migraciones posmodernas ha generado la situación inversa: América Latina exporta teorías y artefactos culturales (como telenovelas y música pop) que son consumidos en el 'centro' y utilizados allí como dispositivos de autorepresentación. Desde este punto de vista, uno de los propósitos de Beverley, Oviedo y Aronna es combatir las representaciones románticas y estereotipadas de Latinoamérica que siguen vigentes en muchos intelectuales de la vieja izquierda y en los currículos académicos de algunos departamentos de literatura e instituciones de ayuda al desarrollo en los Estados Unidos: América Latina como región productora de bananas tropicales, mujeres exóticas, amantes latinos, novelas garciamarquianas y guerrillas anticapitalistas; en una palabra: América Latina como lo 'otro' absoluto de la racionalidad moderna. La reflexión sobre la posmodernidad articulada *desde* Latinoamérica mostrará no sólo que aquel referente utópico —si es que alguna vez existió— ha desaparecido para siempre, arrasado por el impacto de la industria cultural y la modernización periférica en el imaginario colectivo, sino también que el propio debate sobre la posmodernidad en los Estados Unidos podría interpretarse como un *efecto poscolonial*, esto es, como resultado de la insidencia en el imaginario cultural norteamericano de la emigración procedente de antiguas colonias europeas (4).

El tema central que articula todo el volumen es, según los editores, como los teóricos latinoamericanos empiezan a abordar de forma no esencialista el problema de la identidad cultural y la modernización del subcontinente, abandonando los esquemas iluministas tanto de izquierdas (teorías de la dependencia) como de derechas (teorías del desarrollo) (6). Por esta razón, los editores escogen textos provenientes más de las ciencias sociales que de las humanidades. Además de los ya mencionados autores, el libro incluye artículos de Fernando Calderón, Aníbal Quijano, Martín Hopenhayn, Enrique Dussel, Xavier Albó, María Milagros López, Raquel Olea, Roberto Schwarz, Carlos Rincón y Silvano Santiago. Se incluyen también algunos textos escritos por académicos activos en los Estados Unidos como Hernán Vidal, Neil Larsen y el Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, compuesto en ese momento por Ileana Rodríguez, Robert Carr, John Beverley, José Rabasa y Javier Sanjinés. La colección cierra, de manera sorprendente, con la *Declaración de la Selva Lacandona* firmada por la comandancia general del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

En este contexto aparece de nuevo el tema de la transdisciplinariedad y la reestructuración de las ciencias sociales en América Latina, tal como ésta ha sido llevada a cabo por "tanques de pensamiento" como CLACSO de Buenos Aires, CEBRAP de Sao Paulo, FLACSO de Santiago de Chile y CEDES de Argentina. Si en décadas anteriores los dos temas fundamentales de las ciencias sociales latinoamericanas habían sido el subdesarrollo y el Estado, ahora el interés se desplaza hacia un elemento

que hasta ahora permanecía ignorado por los científicos sociales de la región: la cultura. La recepción latinoamericana de Gramsci, Althusser y Foucault en el marco de los estudios culturales británicos se dio justo en el momento en que sangrientas dictaduras militares dominaban el escenario político del Cono Sur. Esta situación hizo que el interés de un sector de la intelectualidad se dirigiera hacia la subjetividad y las identidades, buscando con ello repensar el problema de la tolerancia en un contexto marcado por el autoritarismo político y el conservatismo cultural. La cultura transterritorial de la globalización se revela entonces como un atractivo campo de estudios que prometía por lo menos dos cosas: primero, entender el desencanto y la resistencia de las masas latinoamericanas frente a proyectos políticos de corte “funcional” y tecnocrático, provenientes tanto de la izquierda como de la derecha; segundo, colocar sobre la mesa el problema de la democratización en clave de teoría cultural, lo cual demandaba incluir en la agenda política el tema de las identidades de género, de lengua, de raza, de orientación sexual, etc.

La emergencia de los Nuevos Movimientos Sociales durante la llamada “década perdida” ejemplifica el modo en que las ciencias sociales se ven obligadas a repensar la política y la subjetividad. Se trata de movimientos que no articulan sus luchas alrededor de agendas ideológicas diseñadas *para ellos* por vanguardias intelectuales, sino que desarrollan estrategias de resistencia ligadas a prácticas culturales. Emergen entonces nuevos escenarios de la política —que no pasan por la “representación” de los partidos políticos— y nuevas formas de organización colectiva. Martín Hopenhayn y Fernando Calderón anotan que es precisamente esta dimensión cultural del desarrollo la que debe ser tenida en cuenta por las Ciencias Sociales (55). María Milagros López piensa la crisis de la sociedad del trabajo obliga a buscar nuevas estructuras de subjetividad y de interacción social que ya no pasan por la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo. Formas que asumen conturas posmodernas y posnacionales sin dejar, por ello, de ser populares (165). Por su parte, Xavier Albó y Aníbal Quijano destacan el hecho de que los impulsos utópicos que animan a estos movimientos populares no tienen un carácter pre o antimoderno, sino que existen *junto con* y redefinen la dinámica de la racionalidad ilustrada (201). Lo que parece claro es que los Nuevos Movimientos Sociales no son abiertamente anticapitalistas, sino que asumen estratégicamente una actitud de negociación con las hegemonías culturales, económicas y políticas del Estado-nación. Tal es el caso del EZLN, una guerrilla posmoderna de presión y concertación social, más que de enfrentamiento directo con el poder establecido.

Antes que celebrar la marginalidad, la diferencia y el pastiche; los teóricos latinoamericanos de la posmodernidad se encuentran preocupados por buscar nuevas formas de acción política. Debemos recordar que la “condición posmoderna” en América Latina no surge del hartazgo por el consumo y la hipertecnologización

de la vida cotidiana, sino de la experiencia del choque asimétrico entre diferentes racionalidades y formas de vida. Por eso el interés latinoamericano en este debate radica, sobre todo, en la posibilidad de valorar las micropolíticas culturales como forma efectiva de intervención social. Sin embargo, teóricos como Neil Larsen desconfían de la eficacia de una micropolítica posmoderna, bajo la sospecha de que, diluidos en revindicaciones particularistas, los Nuevos Movimientos Sociales y los intelectuales a ellos ligados, pierden el horizonte de la totalidad y adolecen de una estrategia política global. De igual manera, el crítico chileno Hernán Vidal ataca fuertemente las representaciones posmodernas que insisten en presentar a Latinoamérica como una monstruosa desarticulación de “culturas híbridas”, anulando de este modo la unidad y la fortaleza de identidades culturales históricamente configuradas en el continente. La crítica de Vidal toca ciertamente a teóricos como Brunner, Monsiváis y García Canclini, pero va dirigida específicamente contra el trabajo de su compatriota Nelly Richard y el grupo de intelectuales chilenos que escriben para la *Revista de Crítica Cultural* por ella dirigida.

Con la inclusión del ensayo crítico de Vidal, la respuesta de Richard y el *Founding Statement* del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, se plantea un debate teórico de tres frentes que, sin embargo, no es tematizado directamente en la colección. Los tres frentes son: los teóricos de los estudios culturales que viven en Latinoamérica y que favorecen una visión “posmoderna”, los académicos de la vieja izquierda teórica, críticos de la posmodernidad, que viven en los Estados Unidos y, finalmente, los teóricos de la poscolonialidad, en su mayoría profesores latinoamericanos de universidades estadounidenses que procuran integrar la perspectiva política de la izquierda teórica con los debates posmodernos. La posición de este último grupo, integrado sobre todo por los miembros del equipo de Estudios Subalternos y por los propios editores de la colección, no queda suficientemente representada en el libro.

4. Epílogo

Si tuviera que enumerar los núcleos temáticos que han estructurado la discusión de los estudios culturales hasta el momento y su exigencia de transdisciplinariedad, diría que son fundamentalmente dos: un núcleo culturalista, que estudia los cambios sufridos de las identidades culturales en tiempos de globalización, y un núcleo epistemológico, que investiga el tema de la reestructuración de las ciencias sociales después de la crisis de los paradigmas decimonónicos. Los dos núcleos, como lo hemos visto, han sido abordados de forma diferente. De un lado tenemos el enfoque posmoderno, con su énfasis en las transacciones identitarias que se dan entre lo tradicional y lo moderno; del otro, tenemos el enfoque poscolonial, con su crítica de la producción de conocimientos en el capitalismo tardío. Ambas líneas

han continuado siendo discutidas en los dos últimos años en congresos, intercambios académicos y publicaciones.

En 1998 aparece en Caracas la colección *Enfoques sobre posmodernidad en América Latina*, editada por Roberto Follari y Rigoberto Lanz. El libro tuvo muy poca difusión editorial, ya que su circulación estuvo limitada al ámbito venezolano. Los trabajos recogidos en el volumen retoman la discusión planteada en años anteriores pero sin mostrar mayores innovaciones al respecto, aunque dejando ver que el radio de influencia del debate se había venido ampliando de manera considerable. Igual ocurre con la colección *El debate de la postcolonialidad en Latinoamérica. Una posmodernidad periférica o cambio de paradigma en el pensamiento latinoamericano*, editado en Alemania por los chilenos Alfonso y Fernando de Toro. La colección, que incluye textos de académicos europeos, estadounidenses y latinoamericanos, busca presentar el debate poscolonial como una variante del debate posmoderno, sin agregar nada sustancial a los lineamientos esbozados en los tres volúmenes que hemos considerado en este ensayo.

Más interesante resulta la compilación realizada por el sociólogo venezolano Edgardo Lander que lleva por título *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, publicado este año por la UNESCO y la Universidad Central de Venezuela. Aquí se deja ver que la vertiente poscolonial de los estudios culturales ha venido gozando de gran aceptación por parte de los científicos sociales en América Latina y por instituciones como la CLACSO. El libro muestra una ampliación considerable del debate abierto en torno a la publicación del Reporte de la Comisión Gulbenkian, editado en 1995 por Immanuel Wallerstein con el título *Abrir las Ciencias Sociales*. Los resultados de este debate aparecieron por primera vez en el volumen *Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina*, editado en Caracas por los venezolanos Roberto Briceño-León y Heinz Sonntag. La compilación de Lander da un paso adelante y documenta la gran influencia que han tenido las teorías poscoloniales en el replanteamiento epistemológico que se vienen haciendo las ciencias sociales en América Latina.

Pasando al caso colombiano, los dos núcleos de discusión arriba mencionados han tenido una representación desigual, y en todo caso nada comparable a la difusión de estos debates en países como México, Chile, Venezuela y Argentina. La línea más culturalista ha sido impulsada por instituciones como el Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional, el Departamento de Investigaciones de la Universidad Central y la Fundación Social. Esta última ha abierto una interesante serie editorial donde se han publicado algunos clásicos de los estudios culturales latinoamericanos. Por su parte, la línea epistemológica ha sido recogida por el Instituto PENSAR de la Universidad Javeriana, que también ha abierto una serie de publicaciones al respecto. El libro *La Reestructuración de las Ciencias Sociales en América*

Latina aborda específicamente el modo en que la academia colombiana ha reflexionado sobre la transdisciplinarización de las ciencias sociales contemporáneas.

Notas

- ¹ La distancia frente al objeto obedece al 'paradigma de la representación'. La ciencia moderna se distancia del sentido común (visto como 'doxa') para aislar metodológicamente a un 'otro de la representación' llamado 'objeto', creando una distancia frente a él. Mientras mayor es la distancia, más objetivo es el conocimiento.
- ² Esto conlleva el peligro, antes señalado, del subjetivismo metodológico. El informe señala con razón que "la insistencia en el elemento agencial y en el significado [de las prácticas de los actores sociales] han conducido a veces a un descuido casi voluntarista de las constricciones estructurales sobre el comportamiento humano. El énfasis en la importancia de los espacios locales puede conducir al descuido de las interrelaciones más amplias del tejido histórico. El escepticismo posmoderno [frente a los metarrelatos] ha conducido a una posición general antiteórica" (Wallerstein 73-4).
- ³ "Este libro nació de la voluntad de contribuir a una apertura imprescindible de la reflexión cultural en el 'centro'. Si bien los debates en torno a la posmodernidad han logrado una mayor repercusión, sigue siendo frágil la plataforma capaz de dar cabida real al estatus epistemológico de la 'periferia'. 'Agradecimientos', en Herlinghaus.

Obras citadas

- Achúgar, Hugo. "Fin de siglo. Reflexiones desde la periferia." H. Herlinghaus, M. Walter; eds. *Posmodernidad en la periferia. Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural*. Berlín: Langer Verlag, 1994.
- Albó, Xavier. "Our Identity Starting from Pluralism in the Base." Herlinghaus. *Posmodernidad*. Berlín: Langer Verlag, 1994.
- Quijano, Aníbal. "Modernity, Identity and Utopia in Latin America." Herlinghaus. *Posmodernidad*. Berlín: Langer Verlag, 1994.
- Beverley, John y J. Oviedo, M. Aronna, eds. *The Postmodernism Debate in Latin America*. Durham: Duke University Press, 1995.
- Brunner, José Joaquín. "Tradicionalismo y modernidad en la cultura latinoamericana." Herlinghaus. *Posmodernidad*. Berlín: Langer Verlag, 1994.
- Castro-Gómez, Santiago, ed. *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*. Bogotá: CEJA:Pensar, 2000.
- Follari, Roberto y R. Lanz. *Enfoques sobre posmodernidad en América Latina*. Caracas: Signo, 1998.
- García Canclini, Néstor. "Los estudios culturales de los 80 a los 90: perspectivas antropológicas y sociológicas en América Latina." Herlinghaus. *Posmodernidad*. Berlín: Langer Verlag, 1994.
- H. Herlinghaus, M. Walter; eds. *Posmodernidad en la periferia. Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural*. Berlín: Langer Verlag, 1994.
- Hopenhayn, Martin. "Postmodernism and Neoliberalism in Latin America." Herlinghaus. *Posmodernidad*. Berlín: Langer Verlag, 1994.
- Calderón, Fernando. "Latin American Identity and Mixed Temporalities, or, How to be Postmodern and Indian at the Same Time." Herlinghaus, *Posmodernidad*. Berlín: Langer Verlag, 1994.

- Lander, Edgardo. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Caracas: UNESCO/UCV, 2000.
- Lechner, Norberto "La democratización en el contexto de una cultura posmoderna." Herlinghaus, *Posmodernidad*. Berlín: Langer Verlag, 1994.
- Martín-Barbero, Jesús. "Identidad, comunicación y modernidad en América Latina." Herlinghaus. *Posmodernidad*. Berlín: Langer Verlag, 1994.
- López, María Milagros. "Postwork Society and Postmodern Subjectivities." Herlinghaus. *Posmodernidad*. Berlín: Langer Verlag, 1994.
- Toro, A. de y F. de Toro. *El debate de la postcolonialidad en Latinoamérica. Una postmodernidad periférica o cambio de paradigma en el pensamiento latinoamericano*. Frankfurt/Madrid: Vervuert Verlag 1999.
- Monsiváis, Carlos. "La cultura popular en el ámbito urbano: el caso de México." Herlinghaus. *Posmodernidad*. Berlín: Langer Verlag, 1994.
- Richard, Nelly. "Latinoamérica y la posmodernidad." Herlinghaus. *Posmodernidad*. Berlín: Langer Verlag, 1994.
- Wallerstein, Immanuel et.al. *Abrir las Ciencias Sociales: Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las Ciencias Sociales*. Ciudad de México: Siglo XXI, 1998.

